FRODE BURDAL KLEVSTUL

Bill Goats y el Bosque

Traducción Española:

JOSÉ ALBERTO JUSTINIANI

Curious Creators

Prólogo

Esta historia se me ocurrió una mañana de Navidad de 2020. Al encontrarme en el bosque cercano a mi casa, con la nieve cubriendo los árboles y el sol irradiando apenas algo de calor para evitar que me congelara, la historia de Bill Goats y el bosque apareció de repente en mi mente. Tan pronto como llegué a casa, garabateé la primera versión. Desde entonces no he dejado de trabajar para que fuera lo mejor posible, y espero que disfrutes con lo que vas a leer.

Varias personas han desempeñado un papel fundamental en la elaboración de este libro. Me gustaría mencionar a mi amada Miriam, quien me ayudó a abrir mi corazón y me apoyó en este proyecto desde el primer día. ¡Gracias, Miriam!

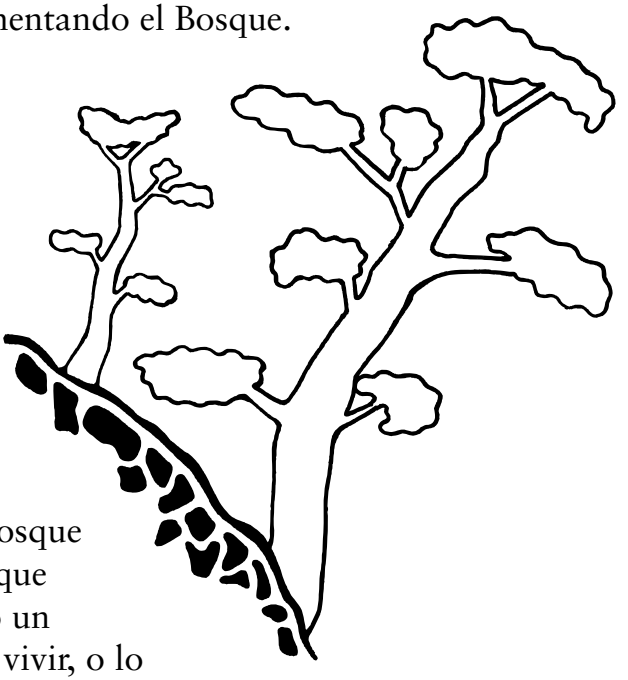
Este libro fue escrito y publicado originalmente en inglés. José Alberto Justiniani tradujo la historia al español. ¡Gracias, José!

Frode Burdal Klevstul

El Bosque

Había una vez un bosque que cubría un valle que se extendía desde las Montañas hasta el mar.

El Bosque era un lugar especial, descrito por quienes lo conocían como un lugar apacible y seguro. Quienes lo conocían bien, lo describían también como majestuoso y sabio. Pero las palabras eran inadecuadas para describir al Bosque, ya que la única forma de conocer el Bosque, era experimentando el Bosque.

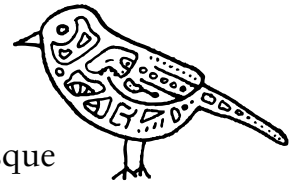


Un viejo proverbio decía que pasar un día en el Bosque despejaría la mente del estrés, una semana aliviaría el cuerpo del dolor, un mes liberaría el corazón de su dolor, y un año sanaría el alma de sus cargas. Eso es lo que hacía el Bosque.

Sin embargo, lo que hacía el Bosque no era más importante que lo que hacía el Valle, proporcionando un lugar seguro para que muchos vivir, o lo

que hacían las Montañas, que protegían al Valle de los fuertes vientos del norte, o lo que hacía el Mar, que proporcionaba al Valle humedad y lluvia, o lo que hacía el Sol, que proporcionaba calor al Valle y luz al Bosque para que los árboles pudieran crecer, o lo que hacía la Luna, que vigilaba el Valle y el Bosque por la noche, o lo que hacían los Vientos, que hacían fuerte al Bosque, o lo que hacía cualquier otra parte, en realidad. Cada parte era tan importante como cualquier otra, y todas las partes trabajaban juntas para crear una cosa maravillosa llamada Balance Si algo se salía del Balance, acabaría encontrando el camino de vuelta. Así eran las cosas y así serían siempre.

El Balance



Las Montañas conocían al Balance, el Mar conocía al Balance, el Sol y la Luna conocían al Balance, y el Bosque conocía al Balance. La mayoría de los árboles del Bosque conocían al Balance, aunque los más viejos eran quienes mejor conocían al Balance. Los árboles más jóvenes no conocían al Balance, aunque la mayoría de ellos lo harían con el tiempo.

Los árboles se erguían estrechamente en el Bosque. Los árboles más viejos se alzaban por encima de los demás y les resultaba fácil alcanzar el calor y la luz del Sol. Los árboles más jóvenes, al no ser tan altos, tenían que abrirse paso entre las ramas de sus hermanos mayores. Cuando lo hicieron, fueron recompensados con la luz. Los árboles que no llegaban a la cima encontraban otras formas de alcanzar la luz, alrededor, a través y al lado de los otros árboles. Los árboles eran astutos a la hora de encontrar caminos.

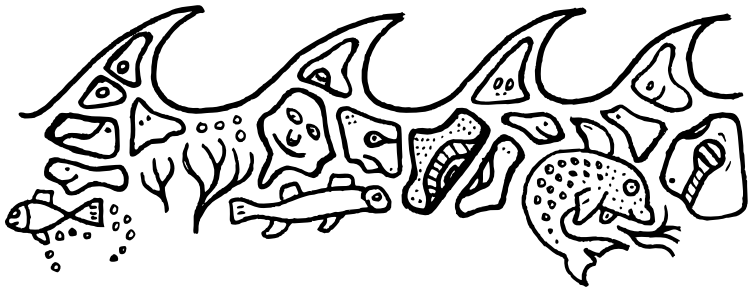
En medio del Bosque estaba el Lago, donde se reunían las aguas. El Lago era profundo, oscuro y frío. En el Lago vivían muchas criaturas curiosas, pero su historia tendrá que esperar a ser contada en otra ocasión.

En medio del Lago estaba el Islote, una pequeña isla en la que crecía un pequeño bosque de árboles. Al igual que los árboles del Bosque, algunos de los árboles del Islote eran viejos y majestuosos, mientras que otros

eran jóvenes y presuntuosos.

La vida en el Bosque estaba en Balance, y el Balance daba ritmo a la vida en el Bosque. Primero llegaba la primavera, luego el verano, luego el otoño, luego el invierno y luego de nuevo la primavera. El ritmo era predecible, y esto hacía que los árboles se sintieran seguros.

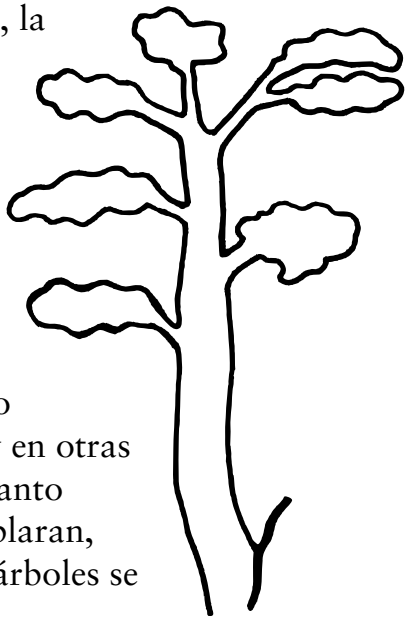
La primavera era una época maravillosa y feliz en el Bosque. La luz del Sol brillaba con intensidad y claridad en primavera, provocando que todo se tornara vibrante y verde. Era la época en la que los árboles más jóvenes echaban raíces y luego prosperaban y florecían, sobre todo cuando tenían mucha agua. Los árboles más viejos aprovechaban el calor de los días de primavera para extender sus raíces más profundamente en el suelo que tenían debajo. Su sabiduría y la antigüedad les enseñaron que siempre llegaban retos, y las raíces profundas ayudaban a un árbol a resistir todo lo que se le viniera encima. Tanto los árboles jóvenes como los viejos sabían que no tenía sentido dispararse hacia arriba antes de expandirse hacia abajo, ya que un árbol sin raíces era un árbol vulnerable, y un árbol vulnerable era un árbol muerto: todos lo sabían. A los árboles les gustaba estar vivos, así que todos ellos se esforzaban por establecer raíces profundas y fuertes durante la primavera.



El Balance hizo que el verano sucediera siempre a la primavera. El Sol se situaba en lo alto del cielo en verano, dando abundante luz y calor al Bosque.

En verano podía hacer mucho calor, tanto que el agua podía desaparecer de la superficie del suelo. Pero los árboles siempre podían encontrar el agua que necesitaban bajo tierra con sus raíces. El verano era una época maravillosa y feliz en el Bosque. El otoño siempre sucedía al verano, gracias al ritmo del Balance. El otoño era una época en la que el Sol brillaba con menos intensidad y las lluvias caían más constantemente y los Vientos soplaban más traviesamente entre los árboles. Los Vientos ponían a prueba la fuerza y la resistencia de los árboles en otoño.

Los árboles tenían muchas habilidades, entre ellas la flexibilidad, y se inclinaban y doblaban cuando los Vientos eran fuertes. Sin embargo, si los árboles no hacían su trabajo para establecer raíces profundas en primavera, podían ser arrancados fácilmente del suelo y podían volar con los Vientos como un pájaro. Esto podría parecer emocionante al principio, pero los árboles no eran pájaros, y esto tendría consecuencias nefastas para la vida y la salud de los árboles y de todo lo que les rodea. El aire fresco del otoño, la lluvia y los Vientos, hacían que los árboles perdieran sus hojas, convirtiendo el suelo del Bosque en una suave alfombra de tonos oxidados, dorados y carmesí. El otoño era una época maravillosa y feliz en el Bosque.



Después del otoño, el Balance trajo el invierno. Durante el invierno, la nieve caía sobre el Bosque, a veces tenuemente, vistiendo a los árboles con esponjosos jerséis blancos, y en otras ocasiones con fuerza, colocando un grueso manto blanco que podía hacer que los árboles se doblaran, rompieran, o inclinaran hacia el suelo. Si los árboles se

mantenían erguidos, confiados y orgullosos, resistirían lo que las nieves invernales pudieran traerles. El invierno era una época maravillosa y feliz, en la que el silencioso Bosque descansaba para el trabajo que les esperaba en primavera.

Es evidente que la vida estaba llena de retos para los árboles del Bosque, pero los retos les enseñaban el Balance, así que la vida era buena. Algunos árboles aprendieron el Balance más lentamente que otros; esto no era realmente un problema, ya que todos los árboles se apoyaban entre sí, sabiendo que cada árbol era tan importante como los demás. Todos sabían que sin sus árboles hermanos no serían un bosque, sino sólo un árbol.

Siempre hubo algunos árboles en el Bosque que nunca llegaron a comprender en qué consistía el Balance. A algunos de ellos les resultaba especialmente difícil comprender que el Balance acabaría llevándolos a la muerte. Que, con el tiempo, todos los árboles se volverían débiles y quebradizos, e incluso los más fuertes y altos caerían al final. La muerte siempre formó parte de la vida en el Balance, siempre fue así, y así sería siempre, para el Bosque y el Valle y las Montañas, para el Sol y la Luna, incluso para las curiosas Criaturas que vivían en las aguas del Lago y cuya historia debe esperar a otra ocasión. Verán, la muerte no significaba algo triste, ni era el final, aunque a los que no aprendían el Balance les costaba entenderlo. La muerte era simplemente el comienzo de algo nuevo.

Las Cabras Montesas

Al norte del Bosque se encontraban las Montañas. Las Montañas no eran lugar para los árboles. El suelo era tan superficial y compacto en las Montañas que a los árboles les costaba echar raíces profundas, por lo que les resultaba difícil resistir los fuertes vientos que soplaban desde las cimas de las Montañas. Cualquier árbol que intentara crecer en altura en las Montañas aprendía rápidamente que no era una buena idea en absoluto. En su lugar, las Montañas eran un lugar de arbustos, pastos y musgo, haciendo de ellas un sitio ideal para las cabras montesas.

Las cabras montesas habían vivido en las Montañas durante mucho tiempo. Ni siquiera recordaban cuánto tiempo habían vivido allí. Las cabras montesas no tenían raíces, por supuesto, sino pezuñas, que utilizaban para subir y bajar las cumbres más empinadas. Las cabras montesas eran excelentes escaladoras, y casi ninguna cima era inconquistable para ellas.

Todas las cabras montesas estaban contentas con su vida en las Montañas. Todas menos una cabra montesa, quise decir.

Esa cabra montesa tenía sueños y deseos que iban mucho más allá de los sueños y deseos ordinarios de la cabra montesa corriente. Esta cabra montesa no quería simplemente vivir la vida, sino que quería controlarla. Quería controlar la vida hasta tal punto que quería controlar la vida de los demás, incluso para decidir quién viviría y quién moriría. Quería ser Dios. Se llamaba Bill Goats.